



AYUNTAMIENTO MUNICIPAL
MADRID

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA

MORAL Y RELIGIOSA.

CONDICIONES.

Se publican los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes.

Su precio, 1 real mensual en toda España y 2 en Ultramar y extranjero franco de porte.

Solo se admiten las suscripciones por anualidades.

AÑO 4.º—NÚMERO 1.º.

DIRECTORA,

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN GRANADA,

Darro del Campillo, 15.

SUMARIO.

Dedicatoria, poesía.—El lujo y la vanidad.—La niña moribunda, poesía.—Sección doctrinal.—Al corazón de Jesús, poesía.—La Soledad, id.

DEDICATORIA.

Virgen madre de Dios y madre mía;
pura, impecable, celestial, sin mancha;
violeta de Salem, rosa del cielo,
bella azucena cual la nieve blanca;
gérmen puro del gérmen de las flores,
del desierto arenal esbelta palma,
consuelo del que sufre, estrella hermosa
del santo amor y la divina gracia:
muy débil es mi voz para que pueda
ensalzar tu grandeza soberana,
ni murmurar tu sacrosanto nombre,
al humilde compás de mis plegarias;
mas Tú, Señora, cuyos claros ojos
leen el corazón con su mirada;
Tú, que llenas el cielo de alegría,
Tú, que inundas la tierra de esperanza,
Tú, cuyo amor de salvación es prenda,
Tú, cuya imagen la salud derrama;
Tú, cuyo dulce nombre aprende el niño
entre los besos de su madre amada,
y el moribundo anciano le repite
cuando la luz de su existir se apaga;
Tú, que has sido en la noche de mi vida
de consuelo y de amor ardiente llama,
verás que siempre ante tus pies ofrezco
el sentimiento solo de mi alma.
Recíbelo, Señora, no repares
en tu esplendor y mi pobreza humana,
que del amor del corazón nacido,
fiel mensajero de mi fe probada,
salvando los espacios infinitos
llega hasta Tí del corazón en alas.
Recíbelo, Señora..... ¡madre mía!

con tan sagrado título escudada
¡no deberé esperar que afable y dulce
sostengas Tú mi inspiración cristiana,
y bendigas las frases que mi labio,
cual tributo de amor, á Tí levanta?
Sí, María; lo harás, porque Tú eres
quien siempre tierna mis dolores calmas,
y embelleces las horas de mi vida
con tu ternura celestial y casta,
y es tuyo mi cariño y mi existencia,
y tuyos son los cantos de mi alma.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL LUJO Y LA VANIDAD.

Existe en nuestra pobre sociedad un mal tan grave y trascendental, que por mas que yo crea que mis fuerzas son insuficientes, y mis palabras inútiles para atajarlo, alzaré mi voz y emplearé mi tiempo en combatirle siempre, aunque de ello solo me resulte el placer que cabe á toda conciencia recta y á todo corazón leal, cuando cumple un sagrado y noble deber.

Ese mal, ese cáncer social de que me he ocupado muchas veces, es el lujo; es ese afán de galas costosas que enloquece hoy á la mujer, y que inficionando la atmósfera del palacio y de la cabaña, hace que desde la ilustre dama hasta la humilde obrera, salgan del centro en que Dios las ha colocado, y sacrifiquen á esa deidad del oropel y de la farsa, el desahogo, el bienestar y la paz del hogar, cuando no el porvenir y la honra de una familia desgraciada.

Y no se crea que al hablar así quiero que la mujer se olvide por completo de todo adorno, de todo medio de dar mas realce á la hermosura y á las gracias con que el cielo la dotó. ¡No! leísteis de mi semejante propósito: el buen gusto está reñido con la modestia, ni la elegancia

la sencillez. Yo creo por el contrario, que se avienen perfectamente.

El mal, el grave mal que deploro, es el anhelo con que la pobre hija del artesano quiere igualarse con la gran señora, y la compañera del artista pretende competir con la esposa del potentado.

En esa lucha, en esa locura, no se encierra solo el afán del lujo; entran en ella por iguales partes la envidia y la vanidad, dos malas pasiones que bastan por sí solas á manchar la celeste pureza del alma de una mujer.

Mil veces los dulces lazos del parentesco y de la amistad se rompen entre dos jóvenes que apenas han puesto el pié en la senda de la vida, por esa odiosa emulacion, por ese anhelo de ostentar mañana una lo que la otra lleva hoy, rivalizando en soberbia y orgullo las que debían competir solo en inocencia y en virtud.

¡Oh! y cuántas desgracias, cuántos infortunios resultan de estos empeños en que la mujer lucha con la mujer, llevando la frente coronada de flores, ostentando la sonrisa en los labios, y teniendo por solas armas el porvenir de una familia, el pan de unos hijos, la tranquilidad de un esposo, y acaso su dicha, su nombre y su vida.

Oidme, si juzgais mis acertos severos, y os convencereis, por el siguiente verídico relato, de que mis palabras podrán carecer de galas, de elocuencia, pero que encierran siempre una innegable verdad.

Andrés de Villalta era un joven pobre, pero activo y trabajador.

Su posicion era de las mas ínfimas, puesto que se ocupaba, como mozo de cuerda, en trasladar hasta el muelle los productos de una gran fábrica de tejidos situada en un extremo de Barcelona.

Casi desde niño se habia consagrado á aquel rudo trabajo, y siempre sus amos le habian visto cumpliendo con su deber, contento con su suerte, bendiciendo á la providencia, y sin dar jamás el menor motivo de queja.

El muchacho se trasformó en hombre y, yo no sé como, pero en sus ratos de descanso aprendió á leer y escribir, y fué colocado en el interior de la fábrica y en oficio menos penoso.

Su honradez y su probidad eran tan grandes, que poco á poco fué ganando la confianza de sus señores, y de escalon en escalon fué subiendo hasta llegar al puesto de administrador general de la fábrica.

Andrés tenia entonces treinta y cinco años, y habia tardado mas de veinte en conquistarse el aprecio y la proteccion de aquellos ricos propietarios.

A medida que le dispensaban mas favores, mas crecia la gratitud y el celo y la actividad de aquel hombre, que jamás abandonaba su sitio y que nunca se entregaba al descanso sin haber cumplido con creces las obligaciones confiadas á su cuidado.

Todos le amaban, le respetaban todos, y el buen Andrés que veía asegurada su suerte pensó algo en su dicha tambien.

Desde muy joven amaba en silencio á una de las trabajadoras de la fábrica, y al ver que podia ser feliz, se unió á ella, sacándola de su os-

cura condicion y elevándola á la que él, por sus acciones, habia sabido adquirir.

Margarita era bella y honrada, y justificaba sobradamente la eleccion de Andrés; solo un defecto podia notársele.

Era un poco vanidosa, y amiga de sobresalir entre las demas.

En los primeros años, aquella union era feliz, Margarita fué madre de una hermosa niña que vino á colmar de alegría el corazon de su esposo.

Por una casualidad nada estraña, el señor de Maurell, dueño de la fábrica, fué padre entonces tambien, y tambien fué una niña la hija que Dios concedió al opulento propietario.

Aquellas dos criaturas, venidas al par á este mundo, se bautizaron en el mismo dia y recibieron igual nombre.

La bondad de los señores de Maurell con Andrés era mucha y, por otra parte, como este tenia habitacion en la fábrica, era de esperar que las dos niñas se criarian siempre juntas, por lo cual llamaron á la rica heredera Carmen y Carmela á la hija de Andrés, para distinguirlas una de otra.

La primera infancia de las dos niñas fué risueña y feliz.

Carmen era dulce, buena, generosa, y trataba á Carmela como á una hermana.

Margarita, orgullosa con su hija y guiada de su maldita vanidad, sentia á veces un amargo despecho cuando la hija de sus señores ostentaba un dije ó una gala de mas precio de las que ella podia comprar á la suya, puesto que el recto carácter de Andrés jamás la permitia un loco dispendio.

Aquel hombre honrado y leal, nunca gastaba en nada superfluo; se ceñia estrictamente á su modesto sueldo, y hubiera creído hacer una ofensa á Dios y á sus señores con aspirar un momento á mas.

Así pasaron muchos años.

Carmen y Carmela se hicieron dos hermosas jóvenes que pasaban la mayor parte del tiempo juntas, pero en cuyos corazones el afecto no era igual.

Carmen amaba á su amiga con un cariño sincero.

En el alma de Carmela la envidia ocupaba un inmenso lugar, y no dejaba espacio á la gratitud ni al amor.

El carácter dulce, amable y bondadoso de la hija de los señores de Maurell, le atraia las simpatías de cuantos la trataban, y los obreros de la fábrica, que recibían diariamente mil favores de su mano, la consideraban su ángel tutelar, y manifestaban al verla una alegría indecible, mezclada con un inmenso respeto.

La hija del buen Andrés era mirada por el contrario, con indiferencia y prevencion.

Su orgullo la cegaba hasta el punto de creer una ofensa las muestras de consideracion que prodigaban á su amiga, y trataba á aquellas buenas gentes con un desden y una altivez parecida al resentimiento.

Margarita participaba de los sentimientos de Carmela y solia decir alguna vez:

—Estos necios quieren menos á mi hija por

que no es tan rica como la otra. ¡Oh! ¿yo no sé porque no las han de mirar como iguales?

Así empezó una guerra sorda y terrible en el alma de aquellas mujeres, en donde debían albergarse solo la alegría y la bondad.

Si á Carmen la compraban un rico traje, un costoso aderezo, conforme con la posición de sus padres, Carmela sufría y lloraba hasta que su madre la hacía otro igual.

Todos los pequeños ahorros de Margarita se fueron agotando de este modo, hasta que se acabaron enteramente, cuando crecieron mas las exigencias de su hija.

En vano aquella madre demente y culpable pidió recursos al honrado Andrés bajo cien pretextos distintos: este se negaba siempre á aquellas demandas, protestando enérgicamente que no gastaría nunca una sola moneda mas de lo que había señalado para sus gastos, ateniéndose á sus haberes.

Carmela quiso un día no se que adorno, no se que dije, que había visto el domingo anterior á la señorita de Maurell, y declaró á su madre que era preciso adquirirlo á toda costa.

Margarita alegó la inutilidad de sus ruegos contra la voluntad de Andrés, y la jóven desesperada trató á su padre de avaro y cruel, y sufrió un tormento indecible con aquella primera contrariedad que exasperó su carácter é irritó su amor propio, creyéndose humillada por la fortuna.

La débil madre la hizo coro tambien, convirtiéndose las dos casi en enemigas de aquel hombre leal que se desvelaba siempre por ellas y que las amaba con toda su alma.

El génio del mal cuando quiere perdernos se vale de nuestras pasiones, exaltándolas hasta el extremo, y Margarita y Carmela sintieron hervir en su corazón el orgullo, la envidia y el afán de aquel lujo deslumbrador que las enloquecía trastornándolas.

Y lo que en un principio solo había sido un desco vano, un capricho insensato, se trocó en una pasión violenta, se convirtió en un afán irresistible, que dominó por completo su corazón y que acalló enteramente la severa voz de su conciencia.

Y cuando la pasión nos domina, cuando convertida en vértigo se ensenorea de nuestros sentidos, todos los medios que hallamos para satisfacer nuestro anhelo nos parecen buenos y aceptables, y razonables y lógicos.

Carmela, que trataba de avaro á su padre, sintió en su mente revolverse una idea que remediaba aquella injusticia, como ella la llamaba.

—¡Si tuviéramos una llave del arca donde guarda los fondos!—murmuró muy bajo al oído de su madre,—podíamos no carecer al menos de lo necesario; al fin y al cabo, lo que él gana nos pertenece, y sin duda gana mucho mas de lo que gastamos.

Este argumento fué discutido por algun tiempo, pero al fin..... al fin la llave quedó hecha.

¡Oh! no se asombren nuestras lectoras; por desgracia el caso no es nuevo, y en muchas familias, ya de un modo, ya de otro, á veces sin una intención dañada, y justificándolas con las

apariencias de la precisión y la necesidad, se cometen acciones muy parecidas á esta!

Desde que Margarita y su hija fueron dueñas de aquella llave, la situación varió por completo.

Primero tomaron con miedo cortas cantidades, y solo para las cosas mas urgentes.

Después..... después..... la costumbre es una segunda naturaleza y lo que ayer nos espantaba nos parece muy poco hoy.

Carmela ya no se contentó con igualarse á la señorita de Maurell, quiso humillarla, sobrepujándola.

No hubo invención de la moda, no hubo lazo, no hubo joya que aquella niña no ambicionase y que no obtuviese de su débil madre.

Para todo esto tuvieron que avezarse á la mentira como se habían avezado al robo, y el honrado Andrés fué burlado en su buena fe, como lo había sido en sus intereses.

Hoy era una alhaja comprada por la quinta parte de su valor: mañana un traje, no nuevo, sino arreglado, otro día una cinta teñida, un sombrero hecho de otra forma..... ¡pero siempre la mentira, siempre el engaño para justificar aquel lujo!

¡Ah! no estrañéis esto tampoco, ¡es tan comun, es tan usual!

¡Cuántas mujeres se vanaglorian ante sus esposos de una economía, de un arreglo que no ha existido y que sirve tal vez para cubrir un gasto inútil, la inversión de un dinero adquirido con mil afanes!

El buen Andrés veía todo aquello, recibía cien mentidas esplicaciones, y movía tristemente la cabeza redoblando su afán y su trabajo.

Una vez lanzadas en aquel terreno desastroso, era necesaria una escena donde ostentar tanto esplendor: á un baile, pues, se sucedió otro baile: á un espectáculo otro espectáculo, y de diversion en diversion y de fiesta en fiesta, aquellas dos mujeres se convirtieron en locas sacerdotisas de la vanidad y de la moda.

¡El pobre Andrés todo lo ignoraba! la fábrica estaba lejos del centro de la ciudad, y el honrado administrador no se separaba del despacho ó de los talleres.

Veía salir á su mujer y á su hija, pero éstas siempre encontraban un pretexto para motivar sus ausencias, y él en su buena fe y en su ignorancia del mundo, todo lo creía y lo disculpaba todo.

Los señores de Maurell empezaron á notar la conducta extraordinaria de las dos desatentadas mujeres. Los trabajadores las miraban con asombro y murmuraban por lo bajo.

Todos en fin hacían comentarios sobre el fastuoso tren y los fabulosos gastos que veían hacer á aquella familia, y Margarita y Carmela, tomando por admiración y envidia lo que era extrañeza y reprobación, erguían las frentes y se mostraban ufanas, siguiendo en su espantoso vértigo por aquella resbaladiza y rápida pendiente.

Pero ¡ay! que aquel delirio fatal debía tener un término, y aquel sueño un despertar terrible.

Un día Andrés, que empezó á sospechar el des-

falco de su caja, quiso cerciorarse de la verdad haciendo un exacto balance.

Se encerró en su despacho, repasó cuentas, consultó libros, contó los valores y se halló con el atraso de una cantidad exorbitante.

El infeliz se quedó aterrado.

¿Dónde estaba aquella suma! ¿cómo había podido estraviarse cuando él estaba seguro de no haberla dado inversion! Y sobre todo ¿cómo justificar sus cuentas? ¿cómo pagar?

¡Esto lo volvía loco!

Por un momento la sospecha de un robo apareció en su mente, pero pronto la deshechó como imposible.

El despacho estaba situado en su misma casa, cerca de su alcoba y nadie podía entrar allí.

Por otra parte, él solo tenía la llave de la caja y la cerradura estaba intacta. ¡No había pues que pensar en ello!

Y sin embargo, aquella desgracia era positiva y cierta, y para colmo de su mal, el señor de Maurell que empezaba á ver con disgusto la conducta de aquella familia, sospechó, aunque vagamente, de la buena administración de Andrés, y quiso que le presentase sus cuentas en el término de tres días.

¡Nadie, nadie podrá comprender la angustia de aquel desgraciado!

El, que era la rectitud y la probidad personificada: él, que á fuerza de paciencia y de trabajo se había conquistado un puesto honroso, un nombre sin tacha, verse repentinamente cubierto de vergüenza, acusado quizá de estafa, por que aquel dinero confiado á sus manos faltaba de su caja y no tenía medio de restituirlo á ella.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA NIÑA MORIBUNDA.

—Niña, tu cándida frente
toca ya la muerte helada
y sin vida tu mirada
pierde luz, pierde fulgor.
Yo soy el ángel bendito
que terminando tu duelo
vengo á conducirte al cielo
¿quieres tú seguirme?—No.

—Allí gozando delicias
que mi lábio no te nombra,
descansarás á la sombra
de las palmas de Sion.
Allí de una eterna aurora
divisarás los fulgores;
ven, y de Salem las flores
te darán su esencia.—No.

—¿Sientes dejar de este mundo
la fugaz dicha mentida?

¿sientes dejar de la vida
la incierta y vana ilusión?
En los días que pasastes
en este valle de llanto,
¿te ha ofrecido algun encanto?
¿amas la existencia?—No.

—Entonces ¿porqué vacilas
si allí te espera la gloria
y una mentira ilusoria
son las venturas aquí?
¿qué dicha tan infinita
te liga, niña, á la tierra?
¿dónde aquí tu amor se encierra?
¿tienes una madre?—Sí.

—¡Oh! pues también, hija mía,
de una madre casta y pura
la dulcísima ternura
te aguarda amorosa allí.
La Virgen ama á las niñas
con dulce y amante anhelo:
ella te espera en el cielo,
¿quieres ya seguirme?—Sí.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION DOCTRINAL

LA SENDA DEL CIELO.

Era un día sereno y apacible.

Una de las tardes del hermoso Mayo.

El sol doraba con sus reflejos las tiernas ramas de los árboles en flor, y la fresca brisa jugueteaba en torno, esperando los primeros perfumes de la primavera para recojerlos en sus alas y repartirlos por los campos, como los alegres ruiseñores arrojan en el espacio la armonía de sus cantares, sin comprender su encanto, ni dar precio ninguno á su trabajo.

Aquellas melodías, aquella luz, aquellos aromas iban á embellecer de consuno una estensa galería cubierta de cristales que dominaba un extremo de la quinta de la marquesa de la Fé, situada en uno de los pueblecitos mas bellos de Andalucía.

La marquesa era ya anciana; su frente inteligente y noble estaba coronada de cabellos blancos, pero la mirada de sus ojos dulce y serena como la de una niña, tenía toda la viveza y todo el animado brillo de la juventud.

Era una de esas mujeres que aun son bellas en su vejez, por que la hermosura de su corazón se refleja siempre en su semblante.

Vestia un sencillo traje negro, y cubría su venerable cabeza una cofia de encaje, tan blanco como los que rodeaban su garganta y asomaban al extremo de las mangas de su vestido.

Sentada en un antiguo sillón, dividía sus miradas entre el libro de oraciones que tenía en su mano y el hermoso y magnífico paisaje que se extendía ante su vista.

De pronto, el ruido de dos ó tres voces infantiles, oyéndose al otro lado de la puerta, vino á sacar á la anciana de su abstracción, y volviendo la cabeza preguntó con su dulce voz:

—¿Qué es eso? ¿quién grita de ese modo?

—Soy yo, abuelita—dijo una bellísima niña de diez

años, que adelantó algunos pasos, trayendo de la mano a otra de su misma edad casi, pero pobremente vestida; —soy yo que vengo á darte las buenas tardes, y á traerte una buena noticia, y quería que Ana me acompañase también.

—¿Y por eso hablabas tan alto?

—No... es decir, sí, por que Anita tenía vergüenza de seguirme, y yo la instaba, asegurándole que eras muy buena, y que no te enfadarías por eso.

—Y ¿porqué me habia de enfadar? yo amo á los niños, y mucho más á los que son modosos y dóciles como tú, hija mía.

—Mi padre me ha reñido algunas veces al verme jugar con la señorita Julieta, por que dice que la hija de un pobre jardinero no debe atreverse á alternar con la hija de sus señores; por eso.....

—Tu padre nos juzga mal, hija mía; cuando una niña es humilde y buena, es digna de la protección y el cariño de aquellos á quien Dios ha colocado en una esfera superior.

—Eso la digo yo, abuelita;—murmuró la pequeña Julieta:—eso la digo á cada instante: pero dejemos esto, puesto que ya sabe Anita que tú la permites venir siempre conmigo, y oye la buena noticia que voy á darte.

—Dí,—contestó la marquesa mirando con ternura á su nieta.

—Ya sabes que mamá nos ha mandado contigo á mis hermanos y á mí, para que pasemos esta primavera á tu lado, y que tú has manifestado deseos de que Adolfo y yo hiciéramos aquí nuestra primera comunión.

—Sí; es verdad, hija mía,—murmuró la anciana:—estamos en el hermoso mes de Mayo, mes consagrado á la Virgen María, en el que todos se apresuran á ofrecer flores á la casta Reina del cielo, y yo quiero ofreceros á Ella, puesto que vosotros sois las mas puras flores de mi alma.

—Pues bien; mamá, no solo aprueba tus deseos, sino que acaba de enviarme un lindo regalo.

—¿Un regalo!

—Sí, un precioso traje de muselina y un velo blanco también, con una hermosa corona de rosas de color de nieve.

—Ese velo, hija mía, es emblema de la inocencia que ha de ostentar tu alma en el dichoso día en que Dios descienda por primera vez á tu seno, y esas flores significan las virtudes que han de germinar en tu corazón, al adornar con ellas tu frente.

—Tú me explicarás todo eso, ¿es verdad abuelita? tú nos prepararás á mi hermano y á mí para ese solemne instante: nosotros somos tan niños y sabemos tan poco aun!

—Pues bien, sí: yo os enseñaré todo lo que sé, aunque es bien poco por cierto: desde mañana venid todas las tardes á este mismo sitio, y aquí, bajo este hermoso cielo, en cuyo azul purísimo brilla la mirada de Dios, yo os mostraré en lecciones fáciles y sencillas el modo de amarle y de servirle bien; único camino que nos conduce hasta El.

—Señora, yo soy una pobre niña sin instrucción ni saber alguno,—murmuró tímidamente la preciosa Anita,—también voy á hacer mi primera comunión el último día de Mayo, por que así lo ha dispuesto nuestro buen párroco. Yo no tendré como la señorita Julieta un hermoso traje, ni un velo blanco, ni una corona; pero quisiera tener el corazón puro y el pecho lleno de virtudes, para suplir de este modo mi falta de galas; ¿me permitirá V. E. que venga también, para aprender de sus palabras á seguir la senda del cielo, á donde deseo, sobre todas las cosas, llegar algún día?

—¡Oh! sí, sí:—se apresuró á decir la anciana conmovida por el acento de aquella niña: venid todos, y así me dareis el dulce placer de ejercitar una de las mas hermosas obras de misericordia: aquella que nos prescribe enseñar al que no sabe.

—¡Oh! ¡gracias, gracias! con que mañana.....

—Aquí os espero á esta misma hora, hijas mías.

—¡Viva mi abuelita!—gritó Julieta batiendo las palmas; bien dice mamá que eres la mas buena de las mu-

jerres, y yo añadiré que eres una santa: ahora, vamos á buscar á Adolfo y daremos un paseo por el campo. Adios, pues; hasta mañana.

—Hasta mañana—repitió la marquesa de la Fé, viendo salir aquellas niñas.

Cuando se quedó sola, alzó su dulce mirada al cielo, y enjugando una lágrima que rodaba por sus mejillas, murmuró con un acento del alma.

—¡Señor! Vos conocéis mis intenciones: yo soy una pobre criatura incapaz de sembrar vuestra palabra y vuestra doctrina, pero vos me ayudareis y vuestra luz divina iluminará mi débil razón.

II.

Al día siguiente, la marquesa esperaba en el mismo sitio y á la misma hora que llegase su pequeño auditorio, para empezar la lección prometida.

Pero con asombro y sorpresa vió que su nieta, no solo venia acompañada de Adolfo y de Anita, si no que llegaba seguida de algunos criados de la quinta.

—Aquí estamos ya, mamá—dijo Julieta—aquí estamos todos para oírte.

—¡Cómo!—murmuró la marquesa—¿que quiere decir esto?

—Esto quiere decir, señora,—respondió José el jardinero, descubriéndose respetuosamente,—que V. E. va á enseñar á estas niñas la senda del cielo, y que si nos lo permite, nosotros escucharemos sus sabias lecciones para aprenderla también.

—¿Y habeis venido.....?

—Todos nosotros: Petra, el ama de llaves, Julian el mayordomo, Maria la nodriza del pequeño Mauricio, y hasta el viejo Lorenzo, á quien V. E. nos manda socorrer diariamente, dándole las sobras de la mesa.

—¡También el pobre anciano!—dijo la marquesa dirigiendo una mirada bondadosa á un hombre de humilde aspecto y avanzada edad, que se acercaba apoyado en el brazo de Adolfo.

—Perdone V. E. por mi atrevimiento, señora,—murmuró el mendigo—pero la que dá con tanta piedad la limosna del cuerpo, bien se puede esperar que no negará la limosna del alma, á un infeliz que ignora el modo de alcanzar su salvación.

—Ha hecho V. bien en venir, Lorenzo; habeis hecho todos bien, amigos míos. Ahora preparaos á oírme y no me tacheis de severa si os digo la verdad desnuda: la verdad que es hija de Dios, y que única y sola, ni admite transacciones ni subterfugios.

La senda del cielo es suave y hermosa: la ley de Dios fácil y sencilla, pero al mismo tiempo es rígida é inquebrantable; tenedlo así entendido, y pensad que yo no os obligaré á seguir por la fuerza mis opiniones, pero que os las mostraré sin reserva, tratando de llevar á vuestra alma la convicción, pero jamas la exigencia. Ahora empecemos. Dime, pues, tú, Julieta, hija mía, ¿cuál es el primero de los mandamientos de la ley divina?

—Amar á Dios y servirle,—esclamo rápidamente la hermosa niña interpelada.

—Bien: ese es en efecto; pero dime: ¿le cumples tú exactamente: amas á Dios con todo tu corazón?

—Si he de decirte la verdad, abuelita, me pones en un grave apuro para contestarte. Yo digo muchas veces que amo á Dios, pero como no le conozco, como no le he visto nunca..... en fin, si quieres que te sea franca, te diré que no sé como se puede amar á una persona sin conocerla.

—Me agrada tu franqueza, hija mía.

—¿Es verdad que tengo razón?

—Casi, casi; pero ¡ah! con el afán de darte mi primera lección, habia olvidado decirte una cosa.

—¿Y cuál es?—preguntó Julieta con visible curiosidad.

—Que una de mis amigas de Madrid, sabiendo que tú habias venido á pasar algunos días á mi lado, y creyendo que te fastidiarías en el campo, me ha mandado

un gran cajon con infinidad de juguetes para tí, todos muy bonitos y de gran precio.

—De veras? ¡Oh! ¿y quién es? ¿cómo se llama?

—Tú no la conoces, por mas que ella te ama mucho.

—¡Oh! ¿qué buena será! ¿haberse acordado de mí!

—Dice que quizá venga algunos días á la aldea.

—Me alegro, ¡Ya estoy deseando verla para mostrarla mi gratitud y para tratar de agradarla tambien.

—¿Cómo no la has visto nunca!...

—No importa, ya la quiero mucho y anhelo probárselo; ¿no me quiere ella á mí y me ha hecho ese regalo? cuando la escribas dícelo, abuelita. ¡Oh! que contenta estoy y cuanto deseo ver mis juguetes. ¡Bendita sea esa señora tan amable y tan generosa!

—¡Muy bien! así quiero que seas, agradecida á los beneficios y dispuesta á pagarlos; y vé ahí como tú misma has venido á probarnos que se puede amar á Dios aun cuando no le conozcamos, de igual modo que tú amas á mi amiga, de quien solo has visto el beneficio que te dispensa.

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

AL CORAZON DE JESÚS.

Prestadme vuestros ardores.

abrasados Serafines;

ilustrados Querubines;

dadme parte en vuestra luz

para cantar los loores

de este Corazon sagrado,

del amor mas vulnerado

que de la lanza, en la cruz.

¡Oh, incendio de amor divino!

ara, cuyas llamas puras

se suben á las alturas;

holocausto sin igual;

rio inmenso y cristalino

de gracias, que tu amor tierno

allá desde el trono eterno

dispensa al flaco mortal.

Corazon de Padre amante,

de Maestro cuidadoso,

de Redentor generoso,

de tierno guia y Pastor:

descanso del caminante,

consuelo en toda amargura,

delicia del alma pura,

refugio del pecador.

Tú eres mi dulce abrigo

donde viviré escondida,

donde á tí bien mio, unida

en tí todo encontraré;

tú eres para mi enemigo

un inexpugnable fuerte;

en tí en buena y mala suerte

luz y amparo buscaré.

De la muerte en el instante,

en el lecho de dolores

llenándome de temores

la cercana eternidad,

á este Corazon amante

recurriré con confianza;

en él será mi esperanza,

mi consuelo su bondad.

Y con tu sangre preciosa

mi alma purificada,

por tí será consolada

y provista de vigor:

por tu auxilio victoriosa

de la rabia del infierno,

de tu Corazon paterno

gozará el eterno amor.

(De doña María Josefa Amalia, de santa memoria, esposa de Fernando VII.)

SOLEDAD.

Triste rumor se escucha solitario:

Ya la postrera luz

Saluda del humilde campanario

La simbólica cruz.

Ya la flor que su aroma ha difundido

Su cáliz va á plegar,

El ave torna al amoroso nido

Y el hombre al tierno hogar.

El alma busca con unción sagrada

Santa meditacion

Y anuncia misteriosa campanada

La hora de la oracion.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.